

TENNESSEE WILLIAMS

NO PUEDO IMAGINAR EL MAÑANA

UNO y DOS son, respectivamente, una mujer y un hombre que se acercan a la cuarentena: cada uno es el único amigo del otro. No hay paredes en el decorado, que sólo incluye los muebles (un sofá, una silla, otra en el rellano de un tramo de escaleras, una mesa con lámpara y una mesa de juego) exigidos por la acción de la obra. Hay un marco de puerta en la parte delantera del escenario, a la izquierda. Un suave azul crepuscular es la iluminación de la obra, con tenues reflectores ámbar sobre los intérpretes. El sofá y las sillas deberían estar forrados de raso, en colores pastel, tal vez rosa pálido y turquesa. Junto a la silla del rellano podría haber una maceta con un gran helécho o una palmera. La mujer, UNO, está de pie en la parte delantera del escenario, cerca del marco de la puerta, con los brazos abiertos como si estuviera apartando cortinas para mirar por una ventana. Lleva una bata blanca de raso con una mancha de vino. El hombre, DOS, aparece ante el marco de la puerta; la mujer retrocede y se cubre el rostro con las manos. DOS alza un brazo como para llamar a la puerta. Este acto se repite dos o tres veces antes de que la mujer se dirija al marco y haga ademán de abrir la puerta.

UNO. — Ah, eres tu.

DOS. — Sí, soy yo.

UNO. — Me lo imaginaba. *(Hay un silencio extrañamente prolongado, durante el cual ninguno de los dos se mueve.)* Te has puesto tu traje de heladero. *(Ante esto rien, embarazados.)* Bueno, no te quedes ahí como un mandadero sin nada que entregar.

DOS. — No dijiste entra.

UNO. — Entra, entra... ¡adelante!

DOS *(entrando)*. — Gracias. *(Hay otra extraña pausa.)* Mientras llegaba te vi en la ventana. Después corriste las cortinas.

UNO. — ¿Qué hay de malo en eso?

DOS. — Tuve que llamar y llamar antes de que... abrieras la puerta,

UNO. — Sí, casi derribaste la puerta.

DOS. — Me preguntaba si...

UNO. — ¿Si qué?

DOS. — Tú no querías... querías ...

UNO. — ¿Quería qué?

DOS. — ...verme esta... esta noche.

UNO. — Te veo todas las noches. La noche no sería noche sin ti y la partida de cartas y las noticias en la TV.

DOS. — Pero.

UNO. — No mejora en nada, ¿verdad?

DOS. — ¿Qué?

UNO. — Dije que no mejora en nada, tu dificultad para hablar.

DOS. — Mejorará. Es... transitoria.

UNO. — ¿Estás seguro? Ahora hace ya largo tiempo que es transitoria. ¿Cómo les hablas a tus estudiantes de secundaria, o no les dices nada, te limitas a escribirles las cosas en el pizarrón?

DOS. — No, yo...

UNO. — ¿Qué?

DOS. — Estuve pensando en decírtelo. Han pasado cinco días desde que di mis clases por ultima vez.

UNO. — ¿No es extraño? Lo imaginaba. Imaginaba que abandonarías. ¿Y ahora qué? ¿Algo o nada?

DOS. — Siempre hay...

UNO. — ¿Qué?

DOS. — Tiene que haber algo, mientras...

UNO. — Sí, mientras estemos vivos.

DOS. — Hoy. Hoy fui.

UNO. — ¿A la clínica?

DOS. — Sí. Allí.

UNO. — ¿Qué les dijiste? ¿Qué te dijeron?

DOS. — Sólo hablé con la muchacha, la...

UNO. — ¿Recepcionista?

DOS. — Sí, me dio un papel, un ...

UNO. — Una solicitud, un...

DOS. — Cuestionario para...

UNO. — ¿Llenar?

DOS. — Te... tenía que informarles si yo...

UNO. — ¿Sí?

DOS. — Si había antes...

UNO. — ¿Psiquiátrico?

DOS. — Tratamiento, o estado... hospitalizado.

UNO. — ¿Y entonces?

DOS. — Escribí no en cada pregunta.

UNO. — ¿Sí?

DOS. — No.

UNO (*impaciente*). — Sí, ya sé, escribiste no.

DOS. — Entonces la recepcionista me dijo...

UNO. — ¿Qué te dijo?

DOS. — Que no había vacante para mí ahora, en este momento, pero... que me informarán en cuanto... uno de los...

UNO. — ¿Médicos?

DOS. — Te... terapeutas... pudiera acomodarme en su... horario.

UNO. — ¿Le dijiste que eras profesor y la situación era desesperada porque no puedes hablarles a tus alumnos?

DOS. — Era sólo la recepcionista así que... no entré en detalles. Pero puse en el, el...

UNO. — ¿Cuestionario?

DOS. — Que había sólo una persona con la que... aún podía hablar... un poco. Subrayé desesperadamente y subrayé urgente.

(*Se detiene. Avergonzado, se aparta lentamente.*)

UNO (*suavemente*). — En esta luz difusa podrías pasar por uno de tus estudiantes, con tu traje de heladero, recién sacado de la tintorería.

(Se va apartando de él.)

DOS. — Mientras venía pasé por un prado, el prado de una casa, la casa estaba a oscuras y el prado lleno de grullas blancas. Calculo que al menos veinte grullas blancas se paseaban por el prado.

UNO. — ¿Ah, sí?

DOS. — Al principio creí que estaba viendo visiones.

UNO. — Estabas, estabas viendo grullas blancas.

DOS. — Supongo que estaban migrando, rumbo al sur.

UNO. — Sí, y se detuvieron en el prado de la casa a oscuras, tal vez á elegir un nuevo guía porque el viejo, el anterior, enfilaba en dirección equivocada, un poco desorientado o perdiendo altura, ¿eh? Así que se detuvieron en el prado de la casa a oscuras para cambiar los planes de vuelo o sólo para sentir el fresco de la hierba nocturna bajo las patas antes de seguir con sus viajes.

DOS. — Queda a sólo una cuadra de aquí. ¿Te gustaría ir a verlas?

UNO. — No. Tu descripción bastará, pero si tienes ganas de regresar a darles otro vistazo, hazlo, anda. Creo que te aceptarían con tu hermoso traje blanco.

DOS. — ¿La criada no vino hoy?

UNO. — Vino pero no pudo entrar, la puerta estaba con el cerrojo pasado.

DOS. — ¿Por qué?

UNO. — No la quería tener dando vueltas por la casa. Llamó a la puerta y gritó, y gritó y llamó y por fin abandonó y... se fue...

DOS. — Todo está como ayer por la noche. Las cartas siguen sobre la mesa. Aún llevas la bata blanca con la mancha de vino.

UNO. — Me he quedado abajo desde anoche. No he subido. Terminé el vino y dormí en el sofá. Ah. Hoy no ceno. Para mí nada. Entré en la cocina y abrí el refrigerador, pero el aspecto y el olor del contenido me descompusieron. Así que vé a la cocina y prepárate un sandwich o lo que quieras mientras mezclo las cartas.

DOS. — Prepararé algo para los dos.

UNO. — ¡No, sólo para ti! ¿Me oyes? Y cómelo allí, en la cocina. *(El hombre sale de la zona iluminada. Ella se acerca otra vez lentamente al marco de ventana y aparta las manos como abriendo cortinas.)* El País del Dragón, el país del dolor, es un país inhabitable que está habitado sin embargo. Todo el que cruza esa región enorme, tiene su propio sendero aparte para transitar a solas. Si los habitantes, los exploradores del País del Dragón, miraran a su alrededor, verían a otros exploradores, pero en el país del dolor soportado pero insoportable cada cual está tan absorbido, enmudecido, cegado por su propio viaje a través de él, que no ve, no busca a ningún otro que lo esté cruzando con él. Es colina arriba, montaña arriba, la ascensión es muy empinada: lo lleva a uno a la cima de las Sierras desnudas. No entraré en ese país donde ya no hay elección. Me detendré al borde de las Sierras, me negaré a seguir más allá. Una vez leí acerca de una anciana esquimal que sabía que le había llegado la hora y pidió que la llevaran fuera del hogar familiar, del iglú, y que la depositaran sola sobre un bloque de hielo que se estaba desprendiendo de la capa de hielo flotante, para poder derivar, separada... de... todos... *(Dos regresa con un plato de sandwiches.)* ¡Llévatelos, llér vatelos, llévate los o te echo!

DOS. — ¿Estás...?

UNO. — ¡Lo estoy, te lo dije!

DOS. — Si no vas a comer, yo tampoco, Hoy no tengo hambre.

UNO. — ¡No puedo!

DOS. — ¿Qué?

UNO. — Jugar a las cartas. No puedo, no puedo. Lo siento, perdóname, no puedo.

DOS. — Creo que tú ...

UNO. — ¿Qué?

DOS. — ... deseas que me vaya...

UNO. — ¿Donde, adonde irías?

DOS. — Podría... ir a mi cuarto.

UNO. — Dices que no tiene aire acondicionado, ni televisor, es tan pequeño que te sientes ahogado cuando estás en él.

DOS (*con tristeza*). — Hay un televisor en el vestíbulo del hotel.

UNO. — Me has dicho que no puedes soportar el vestíbulo del hotel, está lleno de ancianas moribundas apiñadas alrededor del televisor como si sacaran la sangre y el oxígeno de él. El vestíbulo de ese hotel, con que sólo pases por él, su atmósfera, se te pega y llegas aquí con ella encima, llegas como un perro enfermo después de pasar por ese vestíbulo, lo llevas en los ojos, la voz, los, los... gestos. Cuando llamas y abro la puerta, tienes un aspecto enfermizo, atemorizado, como si creyeras que voy a cerrarte la puerta en la cara. ¡Pobre, querido hombrecito! (*De pronto lo abraza sorbiendo aire con un sollozo.*) ¡Ya no me queda vigor para tratar de hacer que trates de salvarte de tu... paralizante... depresión! ¿Por qué no dejas de parecer un muchachito cuarentón perdido? ¡Se me hace tan difícil hablarte con honestidad! (*Aspira aire con intensidad y lo empuja apartándolo, dándole la espalda a la mesa.*) Todas las noches tienes una expresión asustada, culpable. Siempre digo: "Ah, eres tú" y tú siempre dices: "Sí, soy yo". Y después te cuelgas esa sonrisa dolorosa, falsa, enfermiza, parpadeando, con las manos hundidas en los bolsillos. Das clases, pero nunca terminaste la escuela, sigues en los... cursos primarios de la... escuela elemental, o incluso en el jardín de infantes. Oh, eres tú, sí, soy yo. Dios mío, ¿no puede haber otras palabras para saludarnos? Sería mejor que te limitaras a entrar y sentarte a comer y después mezclaras las cartas o encendieras la televisión. Pero, no. Tenemos que repetir el ritual, oh, eres tú y sí, soy yo, casi no decimos otra cosa, al menos algo que valga la pena decir. Me obligo a llevar adelante una especie de monólogo, con escasas interjecciones tuyas, como "Mmmmm" o "Mmm-jummm". Y te cuento cosas que te he contado tantas veces que me avergüenza repetirlas. Pero tengo que repetirlas o nos quedaríamos sentados en un silencio insoportable, sí, un silencio intolerable. Sí, y en verano dices: "Está tan fresco y agradable aquí" y en invierno dices: "Está tan cálido y agradable aquí". Oh, Dios, Dios... (*Lo toma de los hombros, apoya un instante su cabeza contra la espalda del hombre; después lo aparta de un empujón.*)

DOS. — Nunca fue fácil para mí...

UNO. — ¿Hablar?

DOS. — Hasta donde puedo recordar fue difícil para mí.

UNO. — ¿Hablar?

DOS. — Expresar lo que pienso y siento con palabras.

UNO. — ¿Y hasta mirar a los ojos a otra persona?

DOS. — Sí. Mirar a los ojos a otra persona, eso también.

UNO. — Siempre miras un poco de costado con una expresión culpable. ¿Qué te hace sentir culpable? ¿Sólo estar vivo?

DOS. — Yo...

UNO. — ¿Tú?

DOS. — ...no sé realmente ...

UNO. — Toma este trozo de papel y este lápiz y escríbeme lo primero que se te ocurra. Rápido. No te detengas a pensar. (DOS *garabatea algo en el papel.*) Bien. Déjame ver qué escribiste. "Te amo y tengo miedo." ¿De qué tienes miedo? Rápido. Escríbelo. (El *vuelve a garabatear algo en el papel. Ella se lo arrebató.*) "Los cambios." ¿Te refieres a cambios en ti o en mí o a cambios en circunstancias que afectan nuestras vidas? Rápido, escríbelo, no pienses. (Él *vuelve a escribir.*) "Todas las cosas. Todo." Sí, bueno, supe eso sobre ti desde un principio. Ahora me toca a mí; escribiré lo primero que se me ocurra. El lápiz. ¡Rápido! (Escribe *velozmente en la hoja de papel y se la arroja a través de la mesa.*) Léela, léela en voz alta.

DOS (*leyendo en voz alta*). — "Si no hubiese algo llamado tiempo, el paso del tiempo en el mundo en que vivimos, podríamos contar con que las cosas siguieran siendo iguales, pero el tiempo vive en el mundo con nosotros y tiene una gran escoba y nos está barriendo fuera del camino, queramos enfrentarlo o no."

UNO. — ¿Y bien? ¿Por qué no dices algo? ¿Nada? Toma el lápiz y el papel, escribe cualquier cosa, algo, rápido, no te detengas a pensar. (Él *escribe.*) "Te amo y tengo miedo." Con eso empezaste.

DOS. — Dijiste que no me detuviese a pensar.

(Ella *se estira para acariciarle el rostro por sobre la mesa. Él le toma la mano y la aprieta contra su boca, después rodea la mesa para besarla. Ella le abraza la cabeza contra sí por un momento, después lo rechaza.*)

UNO. — Siéntate otra vez donde estabas. De allí no hay regreso, créeme. (Él *deja caer el rostro entre las manos.*) ¿Estás llorando? (Él *sacude la cabeza.*) Déjame ver. Levanta la cabeza. (Él *deja caer el rostro entre las manos.*) No te tortures tanto. ¿Comiste en la cocina? ¿No? Entonces cuando vuelvas al hotel mortuario para en el drugstore y come un sandwich o algo así. Podría ser un cambio beneficioso para ti, mejor que nada. La gente necesita pequeños cambios de vez en cuando, y tiene que hacerlos o aceptarlos. Sé que hay gente que le tiene terror a los cambios, se apegan a rutinas repetidas. Creo que les da la sensación de estar protegidos. Pero la repetición no constituye la seguridad, sólo da la sensación de seguridad. No es algo confiable. Puedes caminar por una calle todos los días y sentirte seguro en esa calle, y un día ésta se abre bajo tus pies y el cielo se vuelve negro.

DOS. — Tenemos que...

UNO. — ¿Tenemos que qué?

DOS. — ...tratar de no...

UNO. — ¿Qué?

DOS. — ...pensar en eso. No...

UNO. — ¿Qué?

DOS. — ...ayuda.

UNO. — ¿Qué?

DOS. — ...pensar en eso, es mejor.

UNO. — ¿Qué?

DOS. — ...sentirse...

UNO. — ¿Qué?

DOS. — ...protegido, aún cuando...

UNO. — ¿Qué?

DOS. — ...no se pueda...

UNO. — ¿Qué?

DOS. — ...confiar en la sensación.

UNO. — Completaste una frase. No te fue fácil, pero lo lograste. Ahora por favor tráeme un vaso de agua para mis gotas.

(Dos se aparta de la mesa de juego hacia una zona en penumbras.)

DOS *(para sí)*. — No puedo imaginar el mañana. *(Regresa con un vaso de agua.)* ¿Te pongo las gotas en el agua?

UNO. — Sí. Gracias.

DOS. — En el frasco dice cinco gotas.

UNO. — Esta noche tendrán que ser más.

DOS. — ¿Estás ...

UNO. — ¿Qué?

DOS. — ...segura?

UNO. — Dame el vaso, el frasco, lo haré yo. *(Dos cuenta las gotas en voz alta. UNO sigue. El quita el frasco y lo coloca sobre la mesa fuera de la zona iluminada.)* Está bien, vuelve, siéntate. *(Él regresa a la mesa de juego.)* Voy a contarte un cuento. *(Bebe el vaso de agua mientras habla.)* Es sobre un hombrecito. ¿Y? ¿No vas a sentarte? *(Él lleva una silla hasta la mesa.)* Un hombrecito llegó a la casa de la Muerte y el guardia uniformado de la entrada le preguntó qué deseaba. Dijo que deseaba la Muerte. El guardia dijo: es un pedido muy grande para un hombrecito como tú. El hombrecito dijo que sí, sabía. que era un pedido muy grande, pero era lo que deseaba. El guardia le pidió los documentos. El único documento que tenía era la partida de nacimiento. El guardia miró la fecha de la partida de nacimiento y dijo: demasiado pronto, has venido demasiado pronto, vuelve a bajar la montaña y no subas aquí hasta dentro de veinte años. El hombrecito empezó a llorar. Dijo: si no me dejas entrar hasta dentro de veinte años, esperaré veinte años ante la entrada, no puedo bajar otra vez la montaña. Allí abajo no tengo adonde ir. No tengo a quién visitar por la noche, no tengo a nadie con quien hablar, nadie con quien jugar a las cartas, no tengo a nadie, nadie. Pero el guardia se apartó, le dio la espalda al hombrecito y se apartó, y el hombrecito, que tenía miedo de hablar, empezó a gritar. Para ser un hombrecito gritaba con fuerza, y la Muerte lo oyó y salió en persona a ver a qué se debía el alboroto. El guardia dijo que el hombrecito que estaba ante las puertas había venido veinte años adelantado, y no quería bajar la montaña, y la Muerte dijo: sí, entiendo, pero dadas ciertas circunstancias, sobre todo cuando gritan hasta desgañifarse ante la entrada, se les puede dejar entrar antes, así que déjalo entrar, cualquier cosa con tal de terminar con el alboroto. ¿Y? ¿Qué piensas del cuento?

DOS. — Es, eh...

UNO. — ¿Es eh qué?

DOS. — ¿Inventaste el cuento?

UNO. — No. Tú lo inventaste. Lo has estado inventando desde hace mucho tiempo. Es hora de que lo envíes para que lo publiquen. ¿No crees?

DOS. — Yo, eh...

UNO. — ¿Yo eh qué?

DOS. — Vamos...

UNO. — ¿Vamos qué?

DOS. — Esta noche tú...

UNO. — ¿Esta noche yo qué?

DOS. — ...pareces...

UNO. — ¿Qué?

DOS. — ...no estar tan bien como cuando tú...

UNO. — ¿No tan bien como cuando yo qué?

DOS. — ...no estar tan bien como cuando, como cuando...

(Se pone de pie de pronto con un grito apagado, torturado.)

UNO. — Sí. Lo sé. Lo sé. No comiste nada, ¿verdad? No. Debes parar en el drugstore cuando regreses y comer algo en el bar al paso. Allí sirven toda clase de cosas y es un sitio popular. Hasta puedes trabar conocimiento con alguien que coma allí. Cuando voy por mis recetas, noto que por lo común hay varias personas comiendo en el bar al paso. Los he oído hablar entre sí. Parecen conocerse entre sí. Es más fácil llegar a conocer a alguien en un bar al paso que en una mesa de restaurante porque estás sentado junto a ellos y una mesa de restaurante está aislada. Y creo que para ti es ; importante que hagas nuevos conocidos. Porque es posible que alguna noche no te oiga cuando llames a la puerta. Podría estar arriba y no querer bajar o no sentirme capaz de bajar hasta la puerta cuando llames, y en esa... *(Cierra los ojos y aprieta los dientes en un espasmo de dolor.)* ...en esa posible... eventualidad... deberías ... tener... otros ... conocidos... a quienes recurrir, en ese caso, si es que se presenta.

DOS. — Creo que sigues sufriendo. ¿No es así?

UNO. — Si es así, es mi sufrimiento, no el tuyo, y tengo derecho a no querer discutirlo, ¿no? Creo que una persona que sufre tiene el privilegio de guardárselo para sí. Pero prueba con el drugstore esta noche y no entres con cara larga, entra con actitud despierta y siéntate junto a alguien de aspecto extrovertido. Di algo tú primero, no esperes a que ellos te digan algo porque podrían no hacerlo. Sé que odiarás hablar, pero a veces hay que hacer cosas que te son difíciles, así que entra y siéntate en el bar al paso y pide una leche merengada y habla, conversa, abre la boca aunque sólo la abras para decir que oíste a un buho esta noche, imitando tu voz en una palmera. Desde luego no te creerán, pero eso puede llevar a una conversación interesante.

DOS. — Creo que lo que quieres decir es...

UNO. — Lo que quiero decir es: las cosas tienen que cambiar en la vida.

DOS. — Los cambios no tienen que ser repentinos.

UNO. — Los cambios se aceptan mucho más fácilmente cuando ya estás preparado para ellos. Por eso te mencioné el bar al paso del drugstore.

DOS. — Es muy iluminado y ruidoso y nunca podría trabar conocimiento con alguien en un bar al paso muy iluminado y ruidoso, no sabría cómo y no querría intentarlo.

UNO. — Hasta hace un año...

DOS. — ¿Qué?

UNO. — ¿Qué estaba diciendo? Ah. Hasta hace un año...

DOS. — ¿Qué?

UNO. — No importa. Fuera lo que fuese, lo que trataba de decir se me fue de la cabeza.

DOS *(después de una pausa)*. — ¿Quieres que me vaya ahora?

UNO. — Irse es un modo de decir morir. *(Se sienta erguida.)* He cambiado mis planes para la noche. Me voy arriba, después de todo. Aún puedo subir si me tomo mi tiempo y me agarro de los pasamanos. Puedo subir hasta el rellano y descansar allí un momento y después subir

el resto. Y en cuanto a ti, no olvides mi consejo de hacer nuevos conocidos. No tiene por qué ser en el bar al paso, podría ser en un bar común. Dile algo a alguien. Ése es mi consejo, pero me doy cuenta de que es inútil.

DOS. — Un conocido no es un amigo.

UNO. — ¿Quién es un amigo? Dejémoslo así. Pero come algo en el drugstore cuando regreses.

DOS. — ¿Puedo ayudarte a subir antes de...?

UNO. — Últimamente he estado durmiendo abajo, en el sofá. La escalera se ha vuelto mucho más empinada. Pero creo que esta noche la subiré. Preparé primero hasta el rellano y entonces descansaré allí un momento antes de seguir. Hay una silla bastante cómoda en el rellano en la que puedo descansar hasta sentirme capaz de subir el segundo tramo. (*Sube tres o cuatro escalones hasta una plataforma y una silla.*) Sí, puedo descansar aquí un momento.

DOS. — Me quedaré hasta que hayas llegado al dormitorio. Después me iré.

UNO. — No, no esperes. Vete ahora. Me gusta hablar un poco conmigo misma antes de dormir.

DOS. — No deberías dormir en el rellano, no puedes dormir en el rellano.

UNO. — ¡Haré lo que quiera hacer!

DOS. — Lo siento, yo... no pretendía decirte lo que tú...

UNO. — Vamos, vete ahora. Pásale el cerrojo a la puerta.

DOS. — El cerrojo está del lado de adentro.

UNO. — Oh. Sí. Tienes razón. Eso cambia un poco mis planes, sí, tendré que pasar yo el cerrojo.

DOS. — Creo que no deberías quedarte aquí sola por la noche.

UNO. — Es tu opinión, no la mía. Buenas noches, vamos, vete ahora, la noche ha sido pesada.

DOS. — Yo... lo lamento, yo... siento como si hubieses perdido todo sentimiento por mí...

UNO. — Eso no es cierto. No te habría dejado entrar a la casa esta noche si no te siguiera amando. Te amaba y aún te amo. Pero hemos entrado en países distintos, tú has entrado en un país extraño y yo en otro.

DOS. — ¿Puedo quedarme en el sofá?

UNO. — No, no, lo siento, no. Tienes que irte, ahora,

DOS. — Tú eres...

UNO. — ¿Yo soy qué?

DOS. — ...mi vida: toda mi vida: no hay nada más. Iré a la clínica, regresaré a la escuela, haré...

UNO. — No me lo hagas tan difícil.

DOS. — ¡Por favor! ¡Permíteme quedarme en el sofá!

UNO. — ¡No!

DOS. — Pero...

UNO. — ¡No, dije no! ¡Abre la puerta, vete!

DOS. — Cuando regrese mañana... tú...

UNO. — ¿Qué?

DOS. — ¿Me dejarás entrar?

UNO. — Si te vas ahora, sí, pero si...

DOS. — Me voy ahora. (*Abre la puerta.*) El aire está... el cielo está...

UNO. — ¿Cómo están?

DOS. — ...anormalmente luminosos esta noche. Como agua poco profunda y muy límpida,

como, como...

UNO. — Los gallos cantarán toda la noche porque creerán que se acerca el alba. Buenas noches. Que tengas un buen regreso. Tal vez las grullas blancas aún estén en el prado junto al que pasaste al venir. Que descanses bien. Nunca dudes de que me importas, pero recuerda que estamos entrando en países separados.

(Él cierra la puerta en silencio desde adentro, camina hacia el sofá.)

UNO *(para sí)*. — Se fue... mejor estar sola. Es duro porque él no tiene a nadie aparte de mí y yo no tengo a nadie aparte de él, pero en el País del Dragón uno deja atrás al último amigo y sigue a solas. Oh. La puerta. No tiene pasado el cerrojo. Será mejor que baje y lo pase o mañana entrará la criada. ¡Arriba, arriba, dije arriba! *(Se pone de pie con gran dificultad y baja, aferrándose a los pasamanos. No ve a Dos junta a la mesa de juego. Se dirige a la puerta y le pasa el cerrojo: después al marco de la ventana y mira hacia afuera. Dos levanta un naípe como para ocultar el rostro tras él. Ella regresa al cuarto y ve al hombre junto al sofá.)* Ah. Te quedaste, no te fuiste. No puedo imaginar el mañana. Ayúdame a subir otra vez los escalones, por favor ayúdame a subir otra vez a la silla del rellano. *(Él la toma cuando parece a punto de caer y la sostiene hasta llegar al rellano.)* Déjame descansar aquí, por favor. En un momento seguiré subiendo hasta mi dormitorio, aunque tenga que subir lo que queda arrastrándome...

DOS. — Déjame ayudarte a subir ahora.

UNO. — No. Aquí. ¡Alto! Imposible... seguir... ahora mismo. *(Se sienta en la silla del rellano.)* Ahora. Vuelve abajo.

DOS. — Déjame...

UNO. — ¡No, no, vuelve abajo, abajo, abajo!

DOS. — Yo... tú...

UNO. — Lo siento. Tengo que estar a solas aquí. *(Dos regresa a la mesa de juego.)* Si me despierto y bajo mañana, no me sorprenderá encontrarte aún allí. Creo que siempre quisiste quedarte en mi casa. Bueno, ahora es tu oportunidad, así que ponte cómodo. Sabes dónde está todo: el televisor, la bebida, el refrigerador, el dormitorio y el baño de abajo. Te dejo con todas esas delicias. Voy a dormirme dentro de un minuto. Supongo que sigue siendo posible que mañana te recobres y enfrentes a tus alumnos. No lo apostaría, sin embargo. De todos modos es fácil que te hayan reemplazado en la Escuela Secundaria Elemental. Es probable que te hayan expulsado de la Escuela Secundaria Elemental como a un... estudiante... incorregible. No se han molestado en notificártelo, o has tenido miedo de levantar el teléfono si llamaron a tu hotel mortuorio, eso es todo. ¿Acaso no deseaste siempre mudarte aquí? Has hecho tantos cumplidos al lugar, en las noches en que llegabas del hotel mortuorio donde vives. Siempre me dices lo agradable que es algo, el aire cálido en invierno, el aire fresco en verano, el jardín de palmeras, incluso el cielo, como si perteneciera a la casa. Está bien, ahora puedes quedarte si lo deseas. No te cruzarás en mi camino, no me cruzaré en el tuyo. Después de un par de días, apenas nos notaremos mutuamente. Será como hablar con nosotros mismos, o como oír un pájaro o un grillo afuera, en algún lugar. Desde luego te queda la alternativa de volver arrastrándote a ese osario llamado hotel, pero hay un límite de tiempo, un límite de tiempo bastante corto, para que te acepten allí dadas las circunstancias. Es probable que ya sepan que perdiste el empleo. Bueno, esas cosas le pasan a la gente, a toda la gente, sin excepción, el corto límite de tiempo se acaba, se acaba para ellos y los deja varados... *(Hay una pausa. Dos junta las*

cartas, las agrega al mazo. Después UNO prosigue.) Si esta noche duermo bien, mañana estaré mejor, y si sigues aquí iremos en coche o tomaremos un taxi hasta el supermercado y abasteceremos el refrigerador para ti. y después iremos a tu hotel y juntaremos tus cosas y saldrás de ese espantoso osario. ¿Después de eso? No puedo pensar. Tal vez no sea necesario pensar más allá. Ya es bastante en lo que se refiere a pensar y planificar el futuro. Así que haz de cuenta que estás en tu casa. Bebe algo afuera, en la galería, disfruta del cielo y el mar que pertenecen a la casa. Ahora voy a subir. *(Pero vuelve a sentarse.)* Todavía no. Subir es como escalar un pico de los Alpes.

DOS. — Quédate abajo un poquito más.

UNO. — Está bien, sólo un poquito más...

DOS *(suavemente, después de una pausa)*. — ¿Ahora estás dormida? ¿Estás dormida ahora?

UNO. — No puedo imaginar el mañana...

TELÓN